



Cook y el Océano Pacífico

Por

Ismael HUERTA Díaz

Contraalmirante, Armada de Chile



No deja de ser una afortunada coincidencia que la Primera Conferencia del Pacífico, que reunirá en Viña del Mar a destacadas personalidades de los países ribereños del océano más extenso del planeta, se lleve a efecto exactamente doscientos años después que el insigne navegante británico, capitán de navío James Cook sentó pie en Australia en el primero de sus tres viajes de exploración, acontecimiento que acaba de ser debidamente recordado en Botany Bay en abril del presente año con una concentración de veleros de distintas nacionalidades donde no podía faltar nuestra gallarda "Esmeralda".

No es nuestra intención recordar que fue Hernando de Magallanes el primero en atravesar dicho mar en "la aventura más audaz de la Humanidad" al decir de Stefan Zweig, ni las correrías de los corsarios que lo sucedieron. Queremos, en cambio, evocar las hazañas del más esclarecido de los exploradores del Pacífico y si esta afirmación puede parecer demasiado contundente, ojalá que las líneas que presentamos a continuación inclinen al lector en favor de lo aseverado.

Nació Cook en 1728 en el Condado de Yorkshire. De extracción humilde, no tuvo acceso a una educación refinada,

pero encontró en la Real Armada británica el terreno apto para conciliar su preciosa inteligencia e innatas dotes de líder con la vocación que yacía latente en su espíritu. No transcurrió mucho tiempo en los cuadros de los oficiales subalternos antes de que sus jefes descubrieran en él condiciones profesionales de excepción con clara tendencia hacia las ciencias astronómicas y cartográficas, enmarcadas en una profunda inquietud por extender la frontera del conocimiento geográfico. Era el caso del hombre que, en la historia de la Humanidad, nace justo en el momento oportuno y dotado para satisfacer las necesidades de la época, pues, si bien en el siglo dieciocho los sabios tenían aceptable conciencia de los grandes continentes que conforman la topografía del globo terrestre, suponían erróneamente la existencia de otros y desconocían en absoluto los múltiples archipiélagos y tierras contenidas en la mitad del mundo que abarca el Pacífico, abstracción hecha de las islas de las especias.

En el breve lapso de diez años —una minucia insignificante en la vida del homo sapiens— Cook aclaró dudas, destruyó utopías y llenó el vacío que en la mente de los cartógrafos estaba reservado al Pacífico.

Su primer viaje lo inició en 1768 al mando de la "Endeavour", de 370 toneladas, con la misión de observar el paso de Venus por el disco solar, tarea que cumplió a la perfección si consideramos los medios de que disponía. Escogió como punto de observación una isla del archipiélago de la Sociedad a la cual recaló tras haber rodeado el Cabo de Hornos. Chile puede, por tanto, ostentar en sus blasones el mérito de haberlo medido —o más probablemente remecido— en sus aguas en los comienzos de su actividad descubridora y de haber atraído su atención, pues más adelante volverá a reconocer nuestras costas. Pero no nos anticipemos. Cumplida su primera misión, Cook se lanzó a la búsqueda de un supuesto gran continente en el Pacífico Sur que según los imaginativos cartógrafos de entonces unía Tierra del Fuego con Australia a través del Polo Sur. No encontró el continente, pero descubrió y exploró Nueva Zelanda, Australia y Nueva Guinea, y regresó a Inglaterra por la ruta del Cabo de Buena Esperanza.

Emprendió su segundo viaje en 1772, ahora con dos buques, el "Resolution" y el "Adventure" de 462 y 330 toneladas respectivamente. Intrigado aún por la hipotética presencia del misterioso continente, enfiló esta vez rumbo al Este decidido a encontrarlo o a comprobar su inexistencia. Exponiéndose a los peligros propios de las altas latitudes rodeó completamente el Polo Sur por la ruta más austral que le permitían los hielos, cruzando varias veces el Círculo Polar. Redujo así la Antártida a su verdadera magnitud y destruyó definitivamente la falsa imagen de la Terra Australis en la forma entonces concebida. Satisfecho con el resultado de su descubrimiento, no volvió sin embargo a Inglaterra sin visitar la Isla de Pascua (descubierta ya por Roggeveen), las Nuevas Hébridas, Nueva Caledonia y gran cantidad de otras islas que ubicó en su exacta posición geográfica. Fue entonces cuando, en su regreso del Atlántico, decidió detenerse en las costas del extremo sur de Tierra del Fuego tomando contacto con los naturales y recorriendo más o menos los mismos lugares del Sur de Chile que Parker King y Fitz Roy explorarían sesenta años más tarde.

En su tercer y último viaje llevaba también una misión bien definida: buscar un paso desde el Pacífico hacia el Atlántico por el océano Artico. Con la "Resolution" y el "Discovery" zarpó esta vez en 1776 por la ruta del Cabo de Buena Esperanza y navegó el Pacífico de Sur a Norte, descubriendo de paso el archipiélago de Hawai y recorriendo infructuosamente la costa occidental de Norteamérica y la oriental de Siberia. Vuelto a Hawai con la certeza de que no era posible cruzar el Estrecho de Bering, halló la muerte en una trivial escaramuza con los aborígenes en circunstancias muy similares a las que rodearon la de Magallanes en las Filipinas dos siglos y medio antes.

Tronchada su vida en la plenitud de una actividad incansable, cabe preguntarse: ¿Fue Cook un hombre de suerte que, al recorrer al azar un océano desconocido, tenía infaltablemente que avistar las islas que en él abundan, o fue un marino de condiciones superiores, digno del pedestal que la Historia le ha erigido?

Juzgue el lector:

Sus conocimientos de cartografía, astronomía y ciencias naturales le permitieron trazar cartas náuticas fidedignas en que la base científica reemplazó la fantasía.

Su profundo interés en el desarrollo de las ciencias —sin ser, como ya dijimos, un letrado— lo indujo a hacerse acompañar por sabios que nos han legado vívidas descripciones de los lugares descubiertos al mismo tiempo que despertaron el anhelo de proseguir tales labores.

Su trato afable para con los pueblos indígenas creó en ellos una imagen favorable hacia el mundo europeo que creemos perdura hasta nuestros días. Su muerte fue la consecuencia de un hecho aislado que no empaña la actitud humana que hizo prevalecer en diez años de acción civilizadora.

La firmeza de su carácter y la perseverancia para superar las dificultades inherentes a su intensa actividad marinera lo condujeron a resolver en forma definitiva uno de los males más atroces que acechaban a los navegantes: el escorbuto. Impresionado por los estragos ocasionados por la enfermedad en su primera navegación, no quiso hacerse nuevamente a la mar sin tomar todas las medidas que la medicina del siglo dieciocho aconsejaba. Venció el peligro mediante el simple arbitrio de mejorar las condiciones ambientales a bordo, procurarse continuamente alimentos frescos y embarcar al zarpe una cantidad suficiente de frutas cítricas.

Vimos que Cook jamás se hizo a la mar sin una misión clara y definida y nunca se apartó de los objetivos que lo guiaban. Investigó en forma acuciosa y derrotó la ignorancia.

Su trato con los subalternos fue firme pero caballeroso, estricto pero justo. Nada comprueba mejor esta afirmación que las palabras que espontáneamente estampó en su diario el "Segundo" de su buque, Comandante James King, al relatar su muerte. Constituyen un epitafio que cualquier marino envidiaría: "¡Así cayó nuestro gran y excelente Comandante! Después de una vida llena de empresas tan distinguidas como exitosas, su muerte —en lo que a él concierne— no puede considerarse prematura, pues vivió para dar término a la gran obra a que parece haber sido destinado. Fue más bien despojado del goce de la gloria que privado de adquirirla. No me es necesario ni posible describir con cuanta sinceridad lamentaron su pérdida aquellos que durante tanto tiempo hallaron la seguridad en su pericia y consuelo para las adversidades en su ternura y humanidad. Menos aún trataré de expresar el horror que nos azotó ni la melancolía y congoja que siguió a tan terrible e inesperada calamidad".

.....

Sirvan estas líneas de modesto pero genuino homenaje al marino que, con su brillante trayectoria profesional, contribuyó a echar las bases de la Era del Pacífico que, aunque tardía, nos abre las puertas de un futuro promisor.